



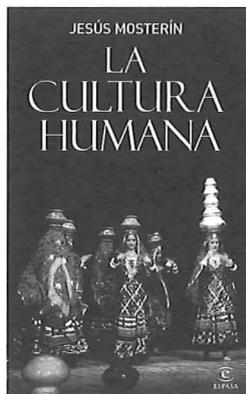
Cultura: transitando hacia el adminículo imprescindible

Andrés Moya

Son varias las razones que me llevan a recomendar la obra de Jesús Mosterín, pero no ésta en particular, sino toda ella, especialmente la más reciente, la que arranca con *Vivan los animales*, en 1998, para luego proseguir con *Los lógicos*, *Ciencia viva*, *La naturaleza humana*, *Lo mejor posible: racionalidad y acción humana*, *La cultura de la libertad* y su último libro, *La cultura humana*. Mosterín ha escrito antes, por supuesto, y acredita una extensa y reconocida obra en el campo de la historia de la filosofía, de la lógica y la filosofía de la ciencia, y también ha escrito sobre estos asuntos después de 1998. Pero las obras que menciono más arriba tienen, por un lado, un nexo común, obedecen a un propósito conjunto que comentaré más adelante, pero por otro están escritas desde un saber enciclopédico poco habitual en nuestro país. El autor no plasma en sus obras ese saber para apabullar al lector. Habiéndolas leído y escrito sobre ellas para esta y otras revistas, y releendo lo escrito al respecto, uno encuentra que todas gozan siempre de las mismas tres cualidades: son claras, son actuales y se escriben desde la pretensión de universalidad.

Hay que estar dotado de un particular talento para escribir con la claridad y precisión que escribe Mosterín, y para hacer accesible a todo lector medianamente cultivado las complicaciones de la ciencia, por abstrusa que ésta pueda ser. Pero Mosterín no es un diletante que se queda con un área o saber concreto y va y viene eternamente divagando sobre las excelencias

o los problemas de ese particular tema, del que ya no se sale o no sabe escapar. Mosterín ama el conocimiento y la ciencia y sabe de la importancia de la novedad. Pero no se trata de amor a la novedad por la novedad, sino por la capacidad que tiene lo nuevo de desvelarnos el misterio y de barrer el terreno de lo inefable. Finalmente se podría sostener que la obra de Mosterín es, como la de muchos divulgadores de la



Jesús Mosterín
La cultura humana.
Espasa Calpe, Madrid, 2009,
432 págs.

ciencia, una obra que se limita a relatar «lo que hay», «lo que se conoce», y que ello fuera suficiente porque desvelar lo inefable siempre nos produce satisfacción, nosotros que somos unos inagotables curiosos. Pero erraría en mi juicio si considerase al autor un mero divulgador. No quiero con esta afirmación desmerecer a muchos de ellos, que son magníficos escritores y cuyas obras engrosan las estanterías dedicadas a un campo tan digno y necesario como

es la divulgación científica.

Mosterín es un pensador, sus obras son de tesis. Señalaba más arriba que su «saber» es enciclopédico, lo que es más que manifestar que tiene un conocimiento enciclopédico. Lo suyo va más allá del conocimiento, es sabiduría. El relato donde nos presenta de forma clara y amena lo que hay, no es un conjunto que pretenda quedarse exclusivamente en la novedad. Mosterín quiere ir más allá. Formula tesis y pretende dar, y lo consigue, universalidad a su discurso. Es un ensayista de primera línea. En las obras que he citado anteriormente, con la excepción si se quiere de *Los lógicos*, que está específicamente desarrollada para darnos a conocer las excelencias de unos pensadores que han sido clave, por ejemplo, para el surgimiento de la computación y toda la revolución digital que caracteriza a nuestra actual civilización, existe una tesis de fondo: el hombre tiene naturaleza, pri-

mero, y la cultura no es un producto exclusivo de nuestra especie. Ambos, naturaleza y cultura son productos de la evolución. Los humanos nos ubicamos en un lugar concreto del gran árbol de la vida, y la cultura, en un sentido laxo, es algo que se puede observar, de forma balbuciente si se quiere, en especies más o menos próximas a nosotros. Pero no por ello vamos a dejar de reconocer los logros y excelencias de la evolución de la pareja naturaleza-cultura en nuestra especie. El juego entre ambas nos ha llevado lejos, mucho más de lo que podemos observar en otras especies. Esta última obra trata de relatarnos esos alcances.

Para ello organiza el texto en dieciocho capítulos que pueden agruparse en tres grandes apartados, lo que me sirve para sugerir que hubiera sido oportuno haber hecho explícito esta división. La primera parte agrupa los capítulos 1 al 3, que son de naturaleza más conceptual y metodológica, con el objetivo de que puedan servir de guía para entender el resto de la obra. Son como los elementos, las monedas que nos permitirán adquirir una adecuada comprensión de lo que va a examinarse en el resto. En el capítulo 1 Mosterín desarrolla una de esas monedas importantes con la que entender la cultura: la información. Para el autor la cultura no es nada más que «un tipo especial de información». En el capítulo 2, más conceptual, nos habla de las diferentes formas de aprendizaje que, en nuestra especie, son efectivas para la asimilación y la propagación de la cultura. Y en el capítulo 3 prosigue en su desarrollo de conceptos para explicarnos las diferencias entre naturaleza y cultura, la diferente concepción que se tiene de la cultura desde la antropología clásica y la biología, las relaciones entre cultura y tradición, el importante papel que la «herramienta» tiene en el devenir cultural humano.

Para ubicar el contexto evolutivo de su concepción de la cultura Mosterín des-

arrolla una serie de capítulos, del 4 al 10, que son un auténtico alarde de ingeniería pedagógica para mostrarnos la continuidad entre lo biológico y lo cultural, para no perder de vista que somos una especie animal más, y hemos de considerar de donde procedemos y cuales son nuestras raíces evolutivas (capítulo 4), porque existen especies vivas próximas a nosotros que han evolucionado culturas sencillas pero efectivas y perdurables que han tenido importantes consecuencias para su supervivencia. El capítulo 5 es un repaso a la historia del género y la arqueología de nuestra especie con una breve descripción de las diferentes culturas pre-homínidas (la de Olduvai, la achelense, etc.) para así llegar al paleolítico. Tema clave en esta fase de la historia de la vida de nuestra especie es ese momento tan peculiar que ha permitido la evolución del lenguaje, y en qué medida la cultura ha sido posible por el desarrollo de un cerebro y un aparato fonador apropiado. El capítulo 6 está dedicado a ese periodo tan revolucionario en la prehistoria humana que es el neolítico y al advenimiento y consolidación, tras la sedentarización, de la cerámica, la metalurgia, la concentración urbana y, en definitiva, el surgimiento de las primeras civilizaciones. Los capítulos 7 y 8, por un lado, y 9 y 10, por otro, vienen a constituir los dos grandes núcleos de investigación en torno a la cultura humana: la antropología cultural, por un lado, y las aportaciones más recientes desde la biología, la genética y la evolución. En los dos primeros se desarrolla sucintamente la historia de la antropología social, versando sobre las diferentes escuelas antropológicas y la comparación de los rasgos culturales, evaluando de forma crítica las tesis del etnocentrismo, el relativismo o el valor de las comparaciones interculturales. Pero buena parte de toda esa tradición de antropología social se ha escrito sobre la incomprensible renuncia al carácter natural de nuestra especie, a nuestra heren-

cia biológica y genética y, por supuesto, la importancia que esta naturaleza ha tenido en el origen y la evolución de la propia cultura. Por lo tanto, y para hacer justicia a todo el movimiento en torno a la antropología de corte evolucionista, Mosterín desarrolla en los otros dos capítulos la noción de gen y de meme, presenta conceptos y modelos que extienden la noción de meme (la unidad de transmisión cultural) y, sobre todo, nos aproxima a la modelización de la dinámica cultural. Con todas las precauciones y teniendo en cuenta los posibles errores al aplicar los modelos de la genética de poblaciones a la dinámica cultural, formula nociones que pueden ayudar a entender qué factores hacen que unos caracteres culturales tengan éxito y otros no. Concluye que sea cual sea la dinámica seguida por la cultura pasada en el toda nuestra especie, lo cierto es que ahora mismo esa dinámica muestra tres claras tendencias: globalización, virtualización y digitalización.

La tercera parte, la más extensa en capítulos (del 11 al 18) consiste en la descripción de los grandes hitos de la cultura humana. Mosterín desgrana cómo determinados momentos de la historia han posibilitado el que nos encontremos en la actualidad con una cultura que muestra las tres tendencias señaladas anteriormente. De hecho los hitos más recientes no dejan de ser otra cosa que un ligero balbuceo de esas tendencias que, sin duda alguna, y para bien de la especie, es decir de todos y cada uno de los individuos que la componen, según el filósofo, supone el desarrollo de ellas. En todo caso es necesario llevar a cabo una reflexión profunda y continuada para sopesar los pros y los contras de las consecuencias individuales y sociales de tales tendencias. Pero se muestra partidario de ellas, al menos en el seno de sociedades democráticas, porque incrementamos la posibilidad de ejercer en la aldea global la capacidad de tomar decisiones al estilo del

ágora ateniense. Las tres tendencias no hacen otra cosa que «promocionar» el desarrollo y la perfección individual, el acceso indiscriminado a la cultura y de ser progresivamente más independientes y la capacidad creciente, aunque parezca contradictorio, de poder intervenir, más que en cualquier otro momento del pasado, en la toma de decisiones efectivas.

Mosterín dedica los capítulos 11 y 12 a la cultura escrita, el primero para hablar de los orígenes de la escritura y el segundo para evaluar la trascendencia de la prensa, los libros, las enciclopedias, y terminar reflexionando sobre la emergencia de la Wikipedia, nada menos que una enciclopedia «abierta». La cultura audiovisual es tratada en el capítulo 13. El autor siempre nos enmarca históricamente lo capítulos, y aquí lo hace en relación a las invenciones culturales. Así, nos presente una pequeña cronología sobre la voz y el canto, los instrumentos musicales, el cambio en dibujo y pintura, la foto, el cine, el DVD, y el paso del mundo analógico al digital.

Como indica el propio autor, los tres capítulos anteriores nos muestran lo que entendemos por cultura clásicamente (lenguaje, literatura, música, bellas artes en general). Pero la cultura tiene muchas dimensiones, múltiples facetas. Muchas de nuestras necesidades se satisfacen por inventos culturales. La cultura es una palabra latina que significa agricultura. Qué mejor punto de encaje entre lo necesario-biológico y lo supuestamente prescindible-cultural que ver el valor que la cultura tiene para permitirnos la supervivencia y el vivir adecuado. La bebida, la comida, el vestido, la moda son tratados en el capítulo 14.

El capítulo 15 inicia la saga de lo que son las tendencias que perfilan la civilización actual. Porque el mejor exponente de la globalización creciente se inicia con la capacidad de viajar, de moverse, de transitar por el planeta, capacidad que se ha incrementado con el tiempo. La facilidad del

desplazamiento, el amplio abanico combinado y organizado de diferentes medios de transporte constituyen un punto fundamental de la cultura de estos tiempos, porque nos permiten «físicamente» alcanzar cualquier parte de planeta. Pero: ¿podemos tener acceso a la información, al conocimiento, a lo otro, a lo que está lejos sin necesidad de desplazarnos físicamente? Si. Existe una imagen especular a la que aquí describo y que provoca similar efecto, si no más, sobre la noción de globalización que la que nos produce saber que hoy estamos en un recóndito lugar de Suramérica cuando ayer estábamos en España. Son las telecomunicaciones, la computación y la red de redes, asuntos que vertebran los tres últimos capítulos (del 16 al 18). Sin necesidad, y cada vez menos, de desplazamiento alguno logramos comunicarnos fácilmente a distancia, averiguar lo que acontece en lugares recónditos y, en todo caso, comunicarnos con personas o tener experiencias de lugares que no hemos visitado. Como sostengo, experimentamos la globalización sin desplazamiento. Y los medios de comunicación no hacen más que crecer en cantidad, calidad y velocidad.

Pero las telecomunicaciones y la computación están en la misma base de las otras dos dimensiones de la cultura: lo digital y lo virtual. En esto Mosterín se ha limitado, de forma prudente, a evaluar la capacidad para almacenar y procesar la información que va asociada al desarrollo de la computación. En el capítulo 17 simplemente se limita a mostrarnos el espectacular desarrollo de estos campos, con una sucinta historia, de cómo en tan poco tiempo hemos llegado a vivir en un mundo donde la computadora es un elemento indispensable en nuestra vida. Ciertamente se podría, y mucho, filosofar sobre el cambio que nuestra sociedad ha experimentado alrededor de eso que el autor denomina el «adminículo imprescindible». Lo es tanto que cabe cuestionarse, ya, si pode-

mos prescindir de él. Por último, en el capítulo 18 nos presenta la red, esa emergencia inconmensurable donde se almacena información de todo tipo, a la que se puede acceder con mayores o menores restricciones, y para la que se han desarrollado potentes motores de búsqueda y acceso, que ha supuesto un cambio radical en la forma de llevar a cabo el comercio y donde, por cierto, hemos de reflexionar sobre si hemos de dejar que se desarrolle sin ningún tipo de restricción o si, por el contrario, se necesita cierta censura o control. Las dimensiones digital y virtual conforman el presente, y el futuro, y son seña de identidad de la cultura actual probablemente más que ningún otro de los componentes de la cultura examinados por Jesús Mosterín en esta obra.

Andrés Moya es catedrático de Genética y director del Instituto Cavanilles de Biodiversidad y Biología Evolutiva (Universitat de València).